

La amistad es la base del voluntariado

Michael Pakaluk

Traducido por Jose Merediz

Simposio pan-americano sobre solidaridad y el voluntariado
Universidad Panamericana, México, D.F., México.
28 de enero de 2005.

Introducción

La primera impresión es que la amistad y el voluntariado son totalmente distintos y hasta opuestos. La amistad tiene que ver con aquellos que están cerca de nosotros –familia y amigos– y con nuestra vida cotidiana, en tanto que el voluntariado se dirige a gente alejada de nosotros y actúa en respuesta a necesidades inusuales y extraordinarias. Por lo tanto, decir que el voluntariado puede basarse en la amistad podría parecer paradójico, algo así como decir que quedarse en casa es como viajar al extranjero. Sin embargo, hay una relación estrecha entre ambos conceptos: la noción de ‘solidaridad’.

De hecho, existen buenas formas, y otras no tan buenas, para expresar nuestra preocupación por el bienestar de los demás y la amistad se relaciona con aquéllas. Esto no debiera sorprendernos, pues casi no hay nada más difícil que ayudar bien a los demás, algo que requiere una cierta humildad y un cierto refinamiento.

Supongo que hay buenos motivos para hacernos voluntarios y el mayor es: ayudar a los demás. Este deseo de ayuda surge generalmente de la ‘compasión’ que habita en el ‘corazón’. (Curiosamente, los griegos se referían a esto como *splanchna*, o ‘las vísceras’. Nuestro sentimiento está en las vísceras) La esencia de esta respuesta es el darse cuenta de que “los demás son como yo”. Su sufrimiento es mío; su alivio es mío. Esto no es algo abstracto (“sería mejor que”) o un afecto imparcial o desinteresado (“todos somos iguales”, “cada individuo es uno entre muchos otros”), sino algo concreto y “de corazón”. El origen del auténtico voluntariado es la identificación del otro con uno mismo. Y esto es precisamente lo que logra la amistad y nos muestra como modelo.

La amistad

Primero deberíamos aclarar lo que es la amistad y para esto tenemos que recurrir a los antiguos: las civilizaciones griega y romana, particularmente Aristóteles. Esto no es algo arbitrario, sino que puede justificarse razonablemente. Cada época y cultura tienen sus propios logros. Si nos interesa la pintura, nos volvemos hacia el renacimiento italiano. Si lo que nos interesa es la música, entonces nos fijamos en la Viena del siglo XVIII. En lo referente a Teología, la cumbre se alcanzó en la Europa del siglo XIII. De igual manera, para reflexionar acerca de la amistad nuestra fuente será la literatura y la filosofía clásicas.

La razón de lo anterior es que los antiguos pusieron la amistad en un lugar muy alto y, por ende, se esforzaron en meditar sobre ella y analizarla. Por ejemplo, pensaban que nadie podía ser feliz sin buenas amistades, y que lo que distinguía a alguien como buena persona era que tuviera muchos amigos verdaderos. Consideraban la amistad como el vínculo que unificaba a la sociedad al estar presente en su interior. Para enfatizar el valor de la amistad, dirían que "un amigo es la mayor de tus posesiones" y Sócrates desarmaba a la gente al preguntarle "¿cuántos amigos tienes?" y los regañaba si no podían darle una respuesta exacta, aunque sí sabían cuántos bueyes o puercos tenían, ¿acaso los amigos no eran mucho más valiosos? Como una especie de monumento a la preocupación y la estima por la amistad en el mundo antiguo tenemos el trato que le dio Aristóteles a este tema en su "Ética" y el ensayo de Cicerón, que no han sido superados por nada que se haya escrito después.

A pesar de que los antiguos nos dejaron tan extensos y valiosos escritos sobre la amistad, la gente de hoy se topa con obstáculos para entenderla. La razón es que nuestro punto de vista se absorbe en lo *subjetivo*, que resulta estrecho y limitante, pero la amistad, como la explicaron ellos, comienza con la valoración de algo *objetivo* e, intrínsecamente, expansivo.

He aquí un buen ejemplo de lo que nos separa de los antiguos. Cuando les pregunto a mis estudiantes qué piensan ellos que es la felicidad, la respuesta más común es que es un sentimiento, un sentimiento de satisfacción que ni siquiera tiene que estar cimentado en un juicio verdadero. Puedo estar completamente engañado o confundido, pero mientras esté contento estoy feliz.

Una breve reflexión muestra que ésta es una opinión absurda. Un buen sentimiento es una emoción, una euforia fisiológica, como la buena digestión, pero la felicidad es aquello por lo que hacemos todo. Qué absurdo sería suponer que nuestras ciudades, civilizaciones y logros;

las luchas y victorias de cada persona; el esfuerzo que se hace en la crianza y la educación de los niños; que todo esto es porque cada uno de nosotros tiene adentro un sentimiento agradable que podría simplemente ser el producto de una droga bien diseñada.

La manera de ser de los antiguos era exactamente lo contrario de esto. Más bien, su instinto era que lo más alto por lo que se esforzaban tenía que ser objetivo. Para ellos, la felicidad estaba tan lejos de ser subjetiva, que pensaban que el máximo bien de una persona era simplemente el mismo que el máximo bien del universo entero. Esta idea surge de manera especialmente clara en la "Consolación de la Filosofía" de Boecio quien directamente argumentaba que nuestra felicidad es Dios; no nuestra posesión de Dios, o nuestra contemplación de Dios, sino simplemente Dios.

Uno podría decir: "Bueno, se trata de dos puntos de vista diferentes, uno subjetivo y el otro objetivo" y tratar de dejar así las cosas. Pero en la amistad, esto marca una gran diferencia, porque en ella se trata del bien de la *otra* persona y, por ello, debe comenzar en una apreciación *objetiva* del otro.

De hecho, Aristóteles define sus tres tipos de amistad en base a la distinción entre objetiva y subjetiva. Existe una valoración objetiva de una persona o una cosa cuando la juzgamos como buena o mala, en relación a lo que se supone que debe ser. La valoración es subjetiva cuando la persona o la cosa, nos guste o no nos guste, es juzgada por su contribución a nuestro interés o placer. En este caso, no es tanto que nos guste el objeto en sí por nuestras preferencias. Por ejemplo, nos puede gustar una buena guitarra clásica por sí misma, la usemos o no la usemos; o podemos apreciar una buena comida, aunque no vayamos a probarla. De una manera similar, podemos apreciar la bondad de alguien, o su gozo de vivir, sin necesidad de que esa persona favorezca nuestros intereses o contribuya a nuestro propio gozo.

Esta valoración objetiva es el origen de la amistad. Cuando apreciamos algo de esta manera, naturalmente deseamos promover y conservar lo que tiene de bueno. En el caso de las personas, tal actitud es atractiva en sí y tiende a ser reciprocada. Cuando ambos reconocen que cada uno valora al otro de esta forma, y recíprocamente lo reconocen, su relación se vuelve estable y si, con el tiempo, existe un compromiso emocional y las actitudes originales se fortalecen y se vuelven habituales, es decir, que son implícitas, espontáneas y familiares, entonces existe *amistad* entre ellos, en el verdadero y estricto sentido.

Esto debe distinguirse de aquellas relaciones en las que la persona es atraída hacia la otra no por algún rasgo objetivamente admirable, sino sólo para satisfacer sus propios intereses (una amistad “por utilidad” la llamó Aristóteles) o para alcanzar su propio goce (una amistad “por placer”). Por ejemplo, alguien se siente halagado al estar con la otra persona y esto es todo lo que le interesa; no se preocupa mucho por el que el sentirse halagado es por algo objetivamente admirable en la otra persona.

A propósito, no pensemos que, típicamente, una persona tiene conciencia de que es atraída hacia los demás por razones subjetivas, o que alguien que inicia relaciones de este modo puede ni siquiera imaginar otras maneras de iniciarlas. El punto de vista objetivo tiende a perder de vista su propia objetividad.

Un amigo como “mi otro yo”

Con el tiempo, cuando se desarrolla una verdadera amistad, es correcto decir, como lo mantiene Aristóteles, que los amigos son “otros yo”; es decir, que cada uno se relaciona con el otro de la misma manera en que se relaciona con sí mismo. Y la realidad de esta relación, porque es evidentemente buena, también constituye el ideal. En lo posible, el hecho de que demos al amigo el mismo valor que nos damos a nosotros se vuelve la relación ideal. Los amigos tratan de aumentar su amistad.

En el pensamiento popular de los griegos era común considerar al amigo como “mi otro yo”. Era proverbial pensar que dos amigos tenían “un alma común” (*mia psyche*) en dos cuerpos. En la historia de Orestes y Pilades cada uno se ofrece para ser ejecutado en lugar del otro. De ahí que “dar la propia vida” por la otra persona se vuelve la prueba de la verdadera amistad, ya que tal sacrificio se entiende solamente al considerar que la vida del amigo vale lo mismo que la propia.

Un ejemplo fascinante de alguien que adopta este punto de vista muy seriamente, lo tenemos en las reflexiones de San Agustín, en el Libro 4 de sus *Confesiones*, por la muerte de un amigo de la infancia. Le duele la pérdida de su amigo, pero al mismo tiempo está feliz porque él está vivo. San Agustín se preocupa porque hay algo malo en esto. Si alguien da su vida por un amigo, ¿no debiera molestarle a éste el estar

vivo en tanto que su amigo está muerto? Pero San Agustín razona que, puesto que los amigos son "otro yo" y que forman una "sola alma" en dos cuerpos, entonces su propia vida es la continuación de la vida de su amigo, pues el que San Agustín siga vivo es la única forma en que su amigo siga viviendo. (En esta época, antes de su conversión al Cristianismo, San Agustín no confiaba en que hubiera vida después de la muerte y que el alma de su amigo hubiera sobrevivido a la muerte). Así, él se reconcilia con su felicidad por estar vivo sin que esto muestre amor sólo por sí mismo, sino por sí mismo a través del amor por su amigo.

La disposición a "dar nuestra propia vida" sirve como muestra de que la otra persona era, de hecho, nuestro "otro yo". Hace poco apareció en las noticias una historia, relacionada con el *tsunami*, que muestra el otro lado. Entrevistaron a un hombre que había perdido a su novia en la marejada. Estaban en una playa en Tailandia cuando llegó la ola. Él se las arregló para agarrarse de un árbol y sobrevivió, pero ella fue arrastrada por el agua y jamás la encontraron. Reflexionando sobre su propia fortuna de estar vivo, el hombre dijo: "Y yo que pensaba que mejor moriría antes que perder a mi novia". Este burdo comentario revela que él jamás la había amado.

Aristóteles ofrece un argumento minucioso acerca de que los amigos son "otro yo", pero no nos vamos a extender en él. Más bien quisiera enfatizar una consecuencia importante que Aristóteles saca de tal argumento, que tiene que ver con cuál es la manifestación más distintiva de una amistad. ¿Qué hacen los amigos que es característico de la amistad y que no hacen las personas que tienen, entre sí, otro tipo de relación?

Ya dijimos que la admiración objetiva que tenemos hacia otra persona es el origen de la amistad, pues naturalmente deseamos conservar lo que admiramos como bueno. Podríamos, por lo tanto, pensar que la amistad florece en, y toma la forma de, la ayuda y el beneficio mutuos. La amistad es amor recíproco y de manera natural pensamos en el amor como un servicio, como "hacer el bien". La amistad es una especie de activismo.

Pero Aristóteles rechaza este pensamiento por dos razones. La primera tiene que ver con la desigualdad implícita en un acto de ayuda. Cuando X ayuda o beneficia a Y, entonces, hasta ese punto, X es superior e Y es inferior. No es meramente que la debilidad o deficiencia de Y se encuentre en el hecho de que X la ayudó. Más bien se trata de que X obtiene la mejor parte y el mayor beneficio al dar la ayuda.

Como dice Aristóteles, cuando damos un bien material a otro, el otro meramente obtiene algo útil, pero nosotros nos quedamos con la bondad (llámese 'nobleza', algo 'admirable' o 'valioso') inherente en el acto de dar. La prueba es que el que da puede reclamar el crédito y legítimamente esperar la gratitud y, en algunas circunstancias, hasta el honor, en tanto que el que recibe no puede aspirar a nada de eso.

Como ya se habrá notado, ésta es la forma en que Aristóteles entiende la máxima "Es mejor dar que recibir". Generalmente no se aprecia que esta máxima es de doble filo. Por un lado, nos pide que hagamos lo mejor, pero lo más difícil: dar en lugar de recibir. Por el otro lado, sugiere que la persona que da es superior, porque lo que hace es "mejor" y que, en todo acto de dar hay una desigualdad.

Resulta curioso que el amor y la amistad buscan la reciprocidad. ¿Por qué es doloroso el amor no correspondido? ¿Por qué se molesta alguien que siempre llama a su amigo, pero éste nunca lo llama? Aristóteles quiere explicar que la reciprocidad en la amistad es, en parte, un intento para compensar por la desigualdad inherente en el acto de dar. Quienes son amigos desean ser "el otro yo" y esto, como vimos, es el ideal de su relación, pero la persona es sin duda igual a sí misma; los "otro yo" y, por lo tanto, los amigos deben ser iguales. Sin embargo, cuando un amigo beneficia a otro, tal igualdad se ve perturbada y necesita ser restaurada, lo que se logra mediante la reciprocidad entre los amigos. Lo mejor sería que los amigos permanecieran iguales siempre. Lo segundo mejor sería, si una desigualdad temporal es inevitable, es que tal desigualdad sea compensada o anulada por medio de un acto similar de beneficio en la otra dirección.

Aquí surge una especie de paradoja. Los amigos quieren ser "otros yo", pero la manera más directa en la que pueden relacionarse el uno con el otro es beneficiando al otro, pero eso debilita la igualdad que se requiere para el ideal del "otro yo". La reciprocidad ayuda, pero no resuelve esta dificultad porque cuando los amigos se turnan en beneficiar al otro, entonces siempre alguno de ellos es superior al otro, así que simplemente se turnan en ser superiores

Esto hace surgir una pregunta importante: ¿existe alguna actividad en la que se pueden ocupar dos personas, en la que se relacionan mutuamente como "otros yo", pero que no implica desigualdad? Sí, dice Aristóteles, hay una: la actividad de "vivir la vida juntos" (*suzên*, en griego) o "pasar el tiempo juntos" que él considera fundamentalmente como el hecho de compartir la percepción y el

pensamiento. El idioma inglés no tiene una palabra adecuada para describir esto, pero el español contiene esta idea en las palabras *convivencia* y *compañía*.

C. S Lewis en su libro "Los Cuatro Amores" cita a Emerson diciendo que la pregunta crucial para los amigos es: ¿ven ustedes la misma verdad? Los enamorados se miran a los ojos, los amigos miran juntos a alguna tercera cosa. Básicamente Aristóteles está de acuerdo con esto pero nos pide analizar qué pasa cuando dos amigos disfrutan ver o pensar en algo juntos. Su análisis se basa en el principio de que la percepción y el pensamiento son intrínsecamente reflexivos. Es decir, siempre se da el caso de que cuando yo percibo algo, percibo que lo percibo y cuando yo pienso en algo, pienso que lo pienso. Al percibir esta pared azul, al mismo tiempo percibo que la percibo. Entonces, existe una complejidad inherente en nuestros actos de conciencia

Para fijar las ideas, tomemos un ejemplo concreto. Supongamos que dos amigos, Pablo y Suzie escalan juntos una montaña y disfrutan una vista hermosa al llegar a la cumbre. Les complace ver juntos esa belleza. (Cualquier explicación de amistad debe responder a la pregunta de que por qué cuando vemos algo hermoso solos, decimos: "¡si tan sólo fulano estuviera aquí para ver esto conmigo!", como si la experiencia no contara a menos que la compartiéramos con alguien más) ¿Qué sucede cuando ellos ven este bello paisaje como amigos? Analicémoslo desde el punto de vista de uno de los amigos, Pablo (Por supuesto, lo que digamos puede aplicarse también al otro amigo). Pablo percibe la vista, pero como la percepción es reflexiva, él percibe que la percibe. Suzie percibe que Pablo percibe la vista. Por lo tanto, Suzie tiene la misma relación con Pablo como Pablo la tiene consigo mismo. Nuevamente, Pablo percibe la vista, pero también percibe que Suzie percibe la vista; esto es, él tiene la misma relación con Suzie como la tiene consigo mismo, porque cuando él percibe la vista, también se percibe a sí mismo percibiendo la vista, porque la percepción es reflexiva.

Esto puede resumirse como sigue. La vida interior de una persona es intrínsecamente social debido a la naturaleza reflexiva de la conciencia. Cuando pensamos o percibimos, de inmediato nos relacionamos con nosotros mismos, lo que es una forma de manifestación social interna. Podríamos decir que amistad y comunión son inherentes en la conciencia del individuo. Esto se alcanza y se ejemplifica en nuestra amistad con los demás; es decir, en la precisa actividad entre amigos llamada "vivir la vida juntos" (*convivencia*,

compañía). El simple acto de pasar el tiempo con los demás es la mejor y más característica manifestación de la amistad, porque en ella no se encuentra la desigualdad y se corresponde con la más profunda naturaleza social de la vida humana.

La amistad aplicada al voluntariado

Existe, pues, una verdadera forma de amistad que se origina en la valoración objetiva de lo bueno que hay en la otra persona; este tipo de amigos se orientan hacia el ideal del "otro yo"; y la principal actividad de tales amigos es la de "pasar el tiempo con el amigo" ya que es la que mejor expresa este ideal y la que mejor realiza nuestra naturaleza social interna (*convivencia, compañía*)

¿Y qué tiene que ver todo esto con el voluntariado? Tiene que ver mucho debido a la importancia estratégica de la noción del "otro yo" en nuestras vidas. Recordemos que dijimos que debemos suponer que hay un buen motivo detrás de nuestros esfuerzos en el voluntariado o en cualquier otro tipo de asistencia que tratamos de ofrecer a los demás, a quienes en verdad queremos ayudar. Esto implica dos cosas: primero, un ideal de lo que "ayudar a los demás" representa y, segundo, una sana y equilibrada fuente de motivación para hacerlo. Podemos desviarnos en lo que respecta tanto al objetivo como al origen, ya sea porque no entendemos la esencia de lo que hacemos, o porque nos basamos en motivos defectuosos. La amistad es la guía necesaria, el apoyo y el correctivo en lo concerniente a estas dos cosas.

La amistad proporciona el objetivo o el ideal del voluntariado. Supuestamente no la consideramos como algo suficiente para hacer algún servicio y dejarla después, como si fuéramos máquinas o esclavos. Aún si, hablando prácticamente, no podemos hacernos amigos de los demás en el sentido estricto, quisiéramos que ésa fuera la esencia o el significado de nuestras acciones. Hasta un pequeño gesto puede tener un significado amplio si es hecho con la intención correcta en mente. Todos conocemos las historias de amor en las que los jóvenes amantes deben separarse, quizá por la muerte de uno de ellos, y como acto final hacen o dicen algo romántico, que es suficiente porque apunta a lo que ellos hubieran querido que fuera. De una manera similar, nosotros quisiéramos que nuestros actos de asistencia (usualmente pequeños) tuvieran un significado que va más allá de ellos mismos. Y si mantenemos a la amistad como la meta de lo que hacemos, entonces nuestros actos pueden tener tal significado.

El hecho de que la amistad encuentra su más completa expresión en "pasar el tiempo con otro" (*convivencia, compañía*) prueba un principio extremadamente útil del voluntariado porque lo lleva más allá del mero activismo. Si la *convivencia* es la forma más elevada de la asociación, entonces debiéramos quedar insatisfechos al conceder los beneficios. Tal relación de hecho hace superior al voluntario y deteriora la igualdad, típicamente al destacar sólo uno de los aspectos de la relación. Algo para corregir esto puede alcanzarse si, paradójicamente, el voluntario se dice a sí mismo en su trabajo voluntario: "Yo obtengo la mejor parte de esto y, de hecho, estoy en deuda con aquellos a quienes estoy ayudando" porque entonces puede considerar su trabajo voluntario como algo que *ya* contiene una reciprocidad.

Sería aún mejor si el voluntario no pensara en lo absoluto que está 'ayudando'. El ideal de *convivencia* nos permite ir más allá de lo que podría llamarse un enfoque machista del voluntariado. Es sabido que en los matrimonios el esposo y la esposa tienden a discutir los pequeños problemas cotidianos de manera diferente. A los hombres les disgusta hablar de ellos excepto para hallar la forma de resolverlos; si no hay solución, preferirían hablar de otra cosa. Por lo contrario, a las mujeres les gusta contar las dificultades simplemente para recibir comprensión, quieren ser escuchadas. Por ello, el hombre, al volver del trabajo, se impacienta al tener que escuchar acerca de los problemas sobre los que no puede hacer nada, en tanto que su esposa se molesta por su impaciencia, ya que su intención no era que él 'arreglara' algo, sino que tan sólo mostrara comprensión. La *convivencia* es una comprensión compartida y éste puede ser a veces el mayor logro en el trabajo voluntario.

De hecho, la solidaridad se puede definir como una actitud similar hacia los demás, sustentada por conocimiento relevante y convertida en algo habitual, como parte de nuestra vida diaria y de nuestra manera de pensar y sentir las cosas.

Esto a su vez plantea el asunto de la motivación. ¿Cómo podemos encarar con perseverancia y una actitud de gozo y también de manera exitosa y consistente el trabajo voluntario? Los problemas que enfrentan la mayoría de los voluntarios son enormes y potencialmente depresivos, requieren ser tratados con persistencia y perseverancia a largo plazo y hasta requieren, a veces, la transformación de la sociedad y la cultura. Pero somos seres humanos y no ángeles desinteresados y, en vista de nuestra naturaleza, debemos manejar

los problemas no sólo con la intención de arreglarlos. ¿Cómo podemos hacerlo sin 'gastarnos' y sin desilusionarnos o desesperarnos? Es aquí donde la amistad proporciona tanto el origen como el objetivo del voluntariado. Como dice el antiguo dicho, frecuentemente citado por la Madre Teresa, "la caridad comienza en casa". Esto significa no solamente que hay un 'orden de caridad' (*ordo caritatis*), de acuerdo con el cual quienes nos rodean tienen preferencia sobre los extraños en nuestros afectos y dedicación y que no debiéramos ser como aquellos que aman a la humanidad, pero odian a los que tienen cerca. Más bien el dicho significa también que nuestras buenas intenciones pueden estar bien fundadas y a salvo, en el largo plazo, cuando son la extensión de la verdadera amistad hacia los demás, amistad que hemos sido capaces de cultivar en nuestra propia familia y en nuestro círculo cercano.

En conclusión, podemos volver al acertijo que planteé al principio: ¿Qué tiene que ver la amistad, algo ordinario y familiar, con el voluntariado que se ocupa de lo extraordinario y de los que están lejos de nosotros? Tenemos aquí un caso en que los extremos realmente se tocan. Nuestros cuidados por los que están cerca de nosotros y nuestro amor en general hacia los demás son dos manifestaciones de lo mismo. Esto está muy bien captado en una observación hecha por G.K. Chesterton, quien dijo que la mejor manera de probar la capacidad de alguien para llevarse bien con la humanidad sería escoger al azar una casa y echarlo por la chimenea para ver qué tal se lleva con los que viven ahí y, esto, dice Chesterton, es exactamente lo que pasa el día de nuestro nacimiento. Así sucede que el amor hacia los nuestros: la amistad, y el amor hacia los lejanos: el voluntariado, son la misma cosa.